

SEMINARIO

A 40 AÑOS DEL CONFLICTO DE LAS ISLAS FALKLAND / MALVINAS



A 40 AÑOS DEL CONFLICTO DE LAS ISLAS FALKLAND / MALVINAS

SEMINARIO | Marzo 2022

0.0

Contenidos

Introducción	7
Reino Unido	8
Argentina	12
Chile	16
Preguntas	20



DANGER

MINES

59

0.1

Introducción

Hace cuatro décadas, las frías aguas del Atlántico Sur fueron escenario de lo que puede ser considerado como el último conflicto bélico clásico en la historia militar, mucho antes de que se hablara de la globalización, del ciberespacio o de la guerra híbrida.

El 2 de abril de 1982, fuerzas militares de Argentina se desplazaron hacia las islas que ellos llaman Malvinas, pero cuyos habitantes de descendencia británica denominan Falkland. Ante lo que Londres consideró una invasión, el Reino Unido envió una fuerza de tareas que cruzó miles de kilómetros para revertir la situación.

La breve e intensa guerra, que culminó con la victoria del Reino Unido el 14 de junio del mismo año, dejó 649 militares argentinos y 255 militares británicos muertos y consecuencias profundas en la relación entre ambos países, en las condiciones de los isleños y en la importancia en el tiempo que se le asignaría a unos territorios que hasta entonces despertaban poco interés, más allá de su figuración puntual en episodios de la Primera y Segunda Guerra Mundial.

También la misma conflagración demostró la complejidad que presenta la guerra moderna cuando se empleaban sistemas de armas sofisticados; la importancia de contar con tropas profesionales, y las virtudes de la conducción conjunta en caso de conflictos de alta intensidad.

Por todo lo anterior, esta guerra sigue siendo objeto de estudio en las academias e institutos militares del mundo, porque es la única experiencia real que puede servir para vislumbrar escenarios como el de un eventual conflicto en el estrecho de Taiwán o en el Mar del Sur de China.

Por este motivo, AthenaLab invitó a los expertos de Reino Unido, Lawrence Freedman, y de Argentina, Juan Battaleme, para abordar este conflicto desde la perspectiva actual y revisar sus principales lecciones. También no podía faltar la visión desde Chile, a través de Matías Purcell, ya que este país fue un actor indirecto y no beligerante de ese choque armado, que se dio en un teatro de operaciones cercano y conocido.

Equipo AthenaLab

Marzo 2022

0.2

Reino Unido

Lawrence Freedman

Profesor emérito del Departamento de Estudios de la Guerra del King's College de Londres. Autor de "The Official History of the Falklands Campaign" y de obras como "Estrategia" y "El futuro de la guerra".

Se me pidió que hablara de las vastas implicaciones políticas y defensivas que tuvo la guerra para el Reino Unido y pensé en hacerlo desde lo contrafactual: ¿qué habría pasado si el Reino Unido no hubiera podido enviar la fuerza de tareas o si habiéndola enviado, esta hubiera sido derrotada? Porque eso, ciertamente, era una posibilidad.

Empezaré con lo que hubiera pasado si la entonces primera ministra, Margaret Thatcher, se hubiera quedado con el primer consejo que se le entregó el 31 de marzo de 1982, cuando se obtuvo la primera información de inteligencia que le indicaba que la invasión de Argentina a las islas Falkland podía ser inminente. El primer consejo fue que "no hay mucho más que podamos hacer, más allá de organizar sanciones económicas contra Buenos Aires". Realmente, no había una postura militar que considerase mandar una fuerza de tarea para defender las islas.

Sin embargo, eso cambió cuando el comandante en jefe de la Marina Real, almirante Henry Leach, llegó a una reunión a la que no lo habían invitado —se invitó solo—. Él demostró que sí se podía enviar a la fuerza de tareas y dijo, además, que si esto se concretaba, tenía que tomar lo que estuviera disponible para lidiar con todas las eventualidades. Si Margaret Thatcher no hubiera recibido este consejo, probablemente su gobierno hubiese caído y la historia británica habría sido completamente distinta después. Quizás no se habría dado necesariamente una elección general, pero ella no era particularmente popular en esa época dentro su propio partido (el Conservador) y, probablemente, habría sido reemplazada por alguien más moderado.

La culpa de lo ocurrido, entonces, se habría atribuido a los cambios introducidos en las políticas de defensa de los años previos, como los de 1981,

que si se hubieran implementado a cabalidad cuando Argentina tomó las islas, no habría permitido al Reino Unido responder, al menos como lo hizo, porque justamente uno de los portaaviones, el HMS "Illustrious", se iba a vender a los australianos y también había determinaciones sobre la capacidad anfibia. Además, entre esos ajustes se incluía la decisión de deshacerse del patrullero polar HMS "Endurance", que no visitaba muy frecuentemente el Atlántico Sur —al menos no más de cuatro meses al año—, pero que, aun así, era la mayor muestra del compromiso del Reino Unido con la defensa de las islas, junto con un pelotón de Royal Marines. Así que se habría responsabilizado a Thatcher por esas revisiones a las políticas de defensa y por no prestar suficiente atención al conflicto que se estaba desarrollando con Argentina durante los dos años previos. En 1980 ya se había dado un movimiento para intentar llegar a un acuerdo, del tipo leaseback, que nunca fue tan sólido como se suponía y que no habría sobrevivido al escrutinio de los isleños o del Parlamento británico. Después de eso, todo lo que podía hacer el Reino Unido era esperar y, en realidad, no tenía una estrategia diplomática.

Justamente, investigaciones posteriores a la guerra que se preguntaron con franqueza sobre por qué se permitió que esto ocurriera, y que creo que fueron bastante amigables, apuntaron a una falla de inteligencia al apreciar cómo se estaba desarrollando el conflicto. Así que eso es lo que creo que hubiera sucedido si no se hubiese actuado.

Para el gobierno de aquel entonces habría sido aún peor que se hubiese actuado, pero de forma fallida. Podríamos haber visto numerosos intentos de hundir los portaaviones HMS "Illustrious" y HMS "Hermes", y muchas cosas más que podrían haber dificultado el desembarco de los británicos.

Lo clave acá es que, si hubiese pasado esto, a los ojos de la mayoría de la gente se habría confirmado que se vivía un período de un declive político y militar británico. En 1982, la única gran operación británica importante que cualquiera podía recordar era la de Suez, en 1956, cuando franceses, británicos e israelíes intentaron arrebatarse el control del canal al presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, y todos sabemos cómo terminó eso, cuando Estados Unidos expresó su rechazo y los británicos tuvieron que retirarse. Después hubo otras acciones en Malasia e Irlanda del Norte, pero desde entonces no se había intentado una operación importante y había cierto escepticismo en 1982 de que los británicos efectivamente pudieran hacer ese despliegue.

Si no lo hubieran logrado (la recuperación de las islas), yo creo que se habría confirmado el declive británico. Pero como al final sucedieron las cosas, el efecto fue el contrario. La primera ministra Thatcher obtuvo la reputación de ser una líder temeraria en tiempos de guerra, luego ganó las elecciones de 1983 —en parte por el resultado del conflicto— y hubo una renovada confianza en el Reino Unido sobre el establishment político y militar debido a la victoria.

Es importante destacar que antes de la guerra, difícilmente este asunto hubiera sido considerado un problema político de peso en el Reino Unido. A diferencia de Argentina, a la mayoría de las personas les costaba ubicar a las islas Falkland en un mapa; en varios casos ni siquiera habían escuchado de ellas ni mucho menos de las disputas sobre las mismas. Lo que les importó en el Reino Unido no fue que las islas tuvieran la condición de territorios o activos significativos para conservar, sino la forma vergonzosa cómo les fueron arre-

batadas, a través de la utilización de la fuerza para resolver una disputa política.

Esto también ayudó mantener la cohesión británica. Los partidos opositores respaldaron al gobierno en el envío de la fuerza de tareas. En esa época, Argentina estaba al mando de una dictadura de derecha. Si hubiera sido una dictadura de izquierda, quizás habría sido un tema distinto, pero esa dictadura de derecha hizo que fuera más fácil para el Partido Laborista expresar su apoyo, ya que no se podía aceptar la posibilidad de que gente que se identificaba como británica se entregara a esa



Soldados británicos en Port Stanley © AFP

suerte de régimen. Pero lo más importante aquí, es que este no era un tema que hubiera captado mucha atención, hasta que terminó la guerra. Ahí todo cambió, porque se habían perdido vidas, se había gastado mucho dinero y se había utilizado mucho equipo para proteger la soberanía británica y recuperar las islas. Tras lo ocurrido, ya no habría ganancias políticas para ninguno de los sectores al promover nuevas negociaciones respecto de la soberanía.

Después de todo lo ocurrido, las islas fueron objeto de un renovado interés político; a la vez que se construye un nuevo aeropuerto y una nueva base militar, que todavía existen y que hoy se consideran importantes para defender las islas y también para entrenamientos. También la economía local mejoró. Las islas que estaban en un mal estado antes de la invasión, se volvieron un lugar viable, y la población, que había estado en declive hasta llegar a poco más de 2.000 personas, empezó a crecer nuevamente, hasta duplicarse. Todo esto ha llevado a muchos observadores a pensar que si Argentina se hubiera aguantado, habría obtenido las islas, puesto que se hubieran vuelto inviables con el tiempo, con lo cual se abriría algún tipo de acuerdo, y quizás sin que hubiese sido exigido por Buenos Aires, pero con el tiempo algo se habría dado. Justamente, fue por la guerra que estas islas se volvieron viables. Es algo de lo que podrían tomar nota los rusos, el de no intentar resolver todas las disputas a través del poderío militar.

Algo que vale la pena dedicarle un poco de tiempo también, es lo que hemos aprendido de las operaciones militares y de cómo esto ha afectado el pensamiento militar, como resultado del éxito de dichas operaciones.

Creo que hay distintos aspectos que son importantes. El primero es que, en gran medida, el mando y control funcionó bastante bien, particularmente al nivel político más alto; al contrario de Argentina,

donde según entiendo, cada rama de las fuerzas armadas estuvo luchando su propia guerra. En el caso del Reino Unido, el esfuerzo fue más integrado y liderado principalmente por el componente naval, lo que funcionó relativamente bien. El valor de contar con un ejército e infantería de marina profesionales quedó demostrado. Mi impresión, tras haber revisado bastantes informes de las batallas y otros materiales, es que

la diferencia no estuvo en que los militares argentinos fueran conscriptos —quienes lucharon bastante bien y con valentía—, sino que fueron mal liderados. La ventaja del sistema militar británico se hallaba en los suboficiales, sargentos y cabos, que eran esenciales para un ejército profesional. Los soldados británicos que murieron tenían edades similares a las de

los soldados argentinos que fallecieron; esta fue su primera batalla importante también. Pero a los británicos se los había entrenado para operaciones anfibas en Noruega, no en el Atlántico Sur, pero sí en operaciones del tipo que se dieron.

Crucial para el éxito de los británicos fue el poder aéreo que llevaron consigo, lo que no hubiera sido posible sin los portaaviones. Los cazas Harriers también tenían mejor rendimiento que los Mirage y los Skyhawk, y si bien no eran muchos, fueron suficientes. La logística fue extraordinaria. Yo me sumo a quienes dicen que el principal logro de esta operación fue la logística. Justamente, mantener bien suministradas a estas fuerzas durante las 8.000 millas hacia las islas, incluso contando con la ventaja de tener la isla de Ascensión (como escala), requirió un tremendo esfuerzo en términos de logística. Aunque la pérdida del carguero “Atlantic Conveyor”, con los helicópteros que llevaba, complicó bastante las últimas semanas de la guerra.

Hay un par de observaciones más que quiero hacer, una de las cuales me llamó bastante la atención cuando estaba elaborando la historia oficial de la guerra. Los máximos comandantes británicos

“La primer ministra Thatcher obtuvo la reputación de ser una líder temeraria en tiempos de guerra, luego ganó las elecciones de 1983 —en parte por el resultado del conflicto— y hubo una renovada confianza en el Reino Unido sobre el establishment político y militar debido a la victoria”.

“Yo me sumo a quienes dicen que el principal logro de esta operación fue la logística”.



Base BFSa

a cargo de la fuerza de tareas eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Lo que incluía al jefe del estado mayor, Lord Terence Lewin, quien había estado en convoyes durante la Segunda Guerra Mundial y no era el único en tener esa experiencia. El jefe del Ejército, general Edwin Bramall, había estado en el Día D. También vale la pena mencionar que dos miembros del gabinete de guerra, como el ministro de Relaciones Exteriores, Francis Pym, y el vice primer ministro William Whitelaw, tenían cruces militares por la Segunda Guerra Mundial. Estas experiencias de guerra llevaron la discusión a un nivel alto y se traspasaron a las siguientes generaciones. Esto me quedó muy claro, como cuando se estaba dando una conversación en el Ministerio de Defensa por la pérdida del HMS “Sheffield”, y Lewin se encontró con todos comentando el asunto, a lo que dijo: “Bueno, si no están preparados para perder escoltas, no tiene sentido tener estos buques. Estas son las realidades de la guerra, y es algo que hay que entender y aceptar”.

El último punto que quiero mencionar es la diferencia sobre percepción de las fuerzas armadas.

Uno de los aspectos sobre el envío de la fuerza de tarea, se refiere al hecho de que los medios de comunicación mandaron a quienes estaban disponibles, más que a los corresponsales de guerra con amplia experiencia. Quienes fueron, llevaban esas actitudes de los años 60 respecto de la guerra, como pasó en Vietnam, que no eran positivas sobre los temas militares. Pero de repente se encontraron embarcados en un largo viaje al Atlántico Sur y ahí se dieron cuenta de que gran parte de los oficiales con los que estaban hablando eran bastante profesionales en términos de lo que hacían y a la hora de lidiar con la guerra, teniendo incluso que demostrar valentía. En muchos casos, gente conocida murió. Eso inició un cambio de actitudes. En vez de tener esa visión convencional de que el ejército era una institución reaccionaria, liderada por la clase alta, empezó a verse apreciada como un ejército profesional serio. Eso duró hasta que las cosas empezaron a salir mal en Irak y Afganistán, a principios de esta época. Pero antes las cosas fueron bien, ya que en la mayoría de las operaciones en las que el Reino Unido estuvo involucrado se alcanzaron los objetivos.

0.3

Argentina

Juan Battaleme

Secretario académico del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Profesor de la Escuela Naval Argentina y de Relaciones Internacionales de la Universidad de Buenos Aires.

Estos eventos nos permiten pensar en todos aquellos que participaron, tanto del lado de Argentina como el de Gran Bretaña, en la recuperación y la retención de las islas Malvinas. Vayan entonces, en memoria de quienes dieron su vida en esta guerra, mis palabras en esta mañana.

A 40 años del conflicto, el impacto que tuvo en materia de defensa ha sido clave, pero para comprenderlo mejor, creo que tendríamos que poner dos contextos. El primero, es la idea del cambio. Cómo la defensa de la República Argentina ha tenido que adaptarse a un contexto internacional desde la guerra de Malvinas en adelante hasta este 2022. Si uno mira el conflicto desde una visión sistémica, en un contexto bipolar, la guerra de Malvinas fue una afrenta bélica que no debió haber sucedido en ese contexto de bipolaridad. A partir de ahí, la defensa argentina tuvo que pensarse para después entrar a operar en un contexto de unipolaridad, y en la actualidad, hacerlo en un contexto de multipolaridad que vuelve a generar presiones sobre lo que son las dinámicas territoriales. El cambio estructural común a todos tuvo poca incidencia en el caso de la defensa en Argentina como política pública.

El contexto segundo, que también tiene que ver con el cambio, es el que se produjo en la esfera doméstica. Ciertamente, esta fue una guerra que perdió una dictadura, y hubo una paz que tuvo que construirse junto con una defensa que debió volver a pensar en una transición democrática y que tenía como punto de partida la Guerra Fría. Actualmente, y al igual que el Reino Unido de Gran Bretaña, una democracia plena, tenemos que pensar en defensa de manera funcional con nuestros intereses en el presente siglo XXI.

¿Por qué señalo esto? Porque a cuarenta años de la guerra de Malvinas, se cierran lo que podríamos llamar dos grandes traumas. Primero, el trauma de la guerra contra la subversión, y en segundo lugar, el trauma de la guerra de Malvinas. Los traumas obligan a cambios. En este sentido, persiste una discusión válida: ¿cuál de los dos traumas ha sido mayor en términos de la configuración que tuvo tanto en la legislación como en las percepciones de la defensa? Esto se encuentra indefinido.

Lo cierto es que la guerra de las Malvinas, como trauma, también obligó a los legisladores a pensar el contexto en el cual la defensa tenía que emerger de cara al futuro. Vale decir, que la guerra ha sido fundamental para generar lo que hoy conocemos en la República Argentina como una separación entre la seguridad y la defensa, división establecida en la Ley de Defensa de 1988 y la Ley de Seguridad Interior de 1991. Sin embargo, en su sabiduría, los legisladores que idearon estas leyes, aún cuando establecen ámbitos específicos, siempre generaron los vasos comunicantes para que la Argentina tuviera una defensa y una seguridad integral.

El otro complemento legislativo viene diez años más tarde de la ley y 16 años después de la guerra, que justamente toma los puntos que muy bien señalaba el profesor Freedman acerca de la profesionalización, la modernización y lo que podríamos llamar la modernización del comando y control de la República Argentina, que es la Ley de Modernización Militar, la que forzó las reformas para que, de volver a pelearse una guerra, ninguna de las tres organizaciones que enfrentaron la guerra — el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada— peleen cada cual su propia guerra.



Soldados argentinos en Port Stanley © AFP

Por lo tanto, el Estado Mayor conjunto recibió un énfasis que persiste hasta la actualidad. Asimismo, se tomó una decisión clara desde el punto de vista de las democracias, a diferencia de lo que había sucedido en la dictadura, que es la asignación presupuestaria resultante de un consenso y no producto de una arbitrariedad que provenía de la suma del poder público que detentaban los militares en dictadura. La Ley de Modernización Militar, que asignó los recursos de defensa, desgraciadamente nunca se cumplió. Sin embargo, esta es clave para desarrollar aquello que hoy se conoce como el Fondo Nacional de Defensa, o Fondef, que es lo que permitiría pensar y llevar a cabo la modernización de las fuerzas militares de la República Argentina.

Esas tres leyes me llevan a mi segundo punto, que tiene que ver con los consensos. Básicamente, ¿qué consenso político generó la guerra de las Malvinas? Y como les decía antes, ¿y la guerra contra la subversión? En primer lugar, el consenso sobre la separación y la función primaria de la de-

fensa en la República Argentina, que es mantener la integridad territorial, la defensa de la soberanía y tener la capacidad de responder frente a una acción de agresión. Las Fuerzas Armadas no se iban a usar más para amenazas vinculadas a la violencia doméstica.

¿Qué consenso no se logra en la República Argentina? Hasta este momento es el consenso sobre la cuestión del equipamiento. Esto es, básicamente, por una cuestión de limitación de fondos en la República Argentina. Discutir cómo reequiparlas es un tema complejo, como consecuencia de que otras prioridades y otras necesidades siempre marginan la modernización del instrumento militar. Esto es muy importante, ya que al momento que una fuerza militar necesita modernizarse y, por lo tanto, definir el perfil de su equipamiento, en Argentina aparecieron dos opciones que son producto, justamente, de la guerra de Malvinas. Una es mantener cierto grado de dependencia externa del equipamiento militar; sin embargo, recordemos que la Argentina se nutría de equipamiento

militar francés, que fue puesto bajo sanciones una vez que la guerra de Malvinas sucede y que en la actualidad los castigos que todavía están vigentes hacen que se limite el alcance del equipamiento que nosotros podemos llegar a adquirir, con lo cual nos pone a nosotros frente a decisiones políticas muy difíciles. Entonces, este es un elemento clave que tenemos que pensar. Además, la creciente integración de la industria para la defensa hace muy difícil poder esquivar el veto del Reino Unido.

Una corriente de pensamiento alternativo dentro de la propia República Argentina tiene esta idea de producir para modernizar, para ser competitivos, pero para también tratar de limitar la dependencia externa. Por supuesto que los tiempos cambiaron y que esta propuesta, interesante como parece, también tiene algunos límites; entre ellos, el más importante es la idea de producir en un complejo militar autónomo, como si nos encontráramos en los años 50, y ciertamente que esa alternativa ya no forma parte de la dinámica militar.

Esta situación también tiene un impacto en la capacidad que tiene la República Argentina para aumentar su interoperabilidad con fuerzas militares regionales centrales para la estructura de la defensa; por ejemplo, en el Atlántico Sur, como son Brasil, como es Chile. Entonces, esto es importante, llevar acá la otra discusión, sobre la cual en este momento estamos concretando y eso es sumamente positivo, es una discusión de modernización. ¿Qué tipo de modernización tienen que encarar las fuerzas militares y la defensa de la República Argentina? Por un lado, si es que lo que vamos a hacer es mantener determinadas capacidades, o bien vamos a incorporar capacidades que amplían el músculo militar que la República Argentina puede tener para el caso. Por ejemplo, no es lo mismo poder tener los reemplazos de los aviones que se necesitan para patrullaje marítimo que poder sumar una capacidad de guerra antisubmarina, que sería una cuestión que llamaría la alerta A; esto es, los despliegues de submarinos que eventualmente podría hacer el Reino Unido en el Atlántico. Entonces, a esa discusión también hay que prestarle atención en un contexto donde la

disputa permanece abierta. En equipamiento, no hay recursos en abundancia ni tampoco consenso acerca de qué y para qué.

Esta discusión me lleva a un tercer punto, que es importante en relación con cómo se juega la dinámica política dentro de la República Argentina. Juan Gabriel Tokatlián identificó que existen cuatro grupos en el campo, que se han formado en estos

40 años posguerra de Malvinas, lo que podemos llamar los renovadores, los restauradores, los revolucionarios y los replegados.

Estos tres primeros —los renovadores, los restauradores y los revolucionarios— entienden claramente que hay que modernizar

la Fuerza Armada; hay que empezar a discutir y ampliar sus funciones y sus misiones, con diferentes grados, y hay que darle un mayor volumen en la República de Argentina en su rol institucional y en la prioridad que debe tener en el país en materia de defensa. No son lo mismo entre sí, pero comparten un núcleo común. Por otro lado, aparecen los replegados, quienes quieren mantener un status quo específico a partir del consenso original, esto de la división entre seguridad y defensa. ¿Por qué esto es importante? Porque esto tiene un impacto directo en lo que son las directivas de las políticas de defensa nacional y lo que son los decretos que ordenan el futuro de las fuerzas militares en la República Argentina. ¿Qué es importante saber de esto? Que nosotros tuvimos un decreto de reglamentación de ley, que fue el decreto 727 del año 2006, reemplazado después por el decreto 683 del 2018; ambos muestran este correlato en lo que muy bien se identificaba como los grupos en pugna de la República Argentina por establecer el futuro de la defensa.

¿Dónde estamos hoy? Estamos en la reactualización de la DPDN (Directiva de Política de Defensa Nacional), que es el decreto 571 que, básicamente, restablece la función primaria que dice que las fuerzas militares argentinas se tienen que preparar para enfrentar una agresión externa de un actor estatal. Esto nos lleva a una discusión básica, que es que Argentina no tiene hipótesis de conflicto. Estos escenarios, al mismo tiempo, están vincu-

lados a actores estatales, por lo tanto, pensar en defensa involucra tener actores estatales que pueden tener incidencia sobre los escenarios que pueden llegar a ser relevantes para la defensa de la República de Argentina. En este punto hay una discusión que pasa por quiénes pueden afectar los escenarios de la soberanía de la República Argentina. La misma hay que llevarla a cabo, por lo menos, en los claustros militares, que es si no hay que llegar a pensar algún tipo y algún diseño de fuerza futura —desde el 2020 para los próximos 15 o 20 años— que no esté vinculado directamente con las líneas de pensamiento de sir Julian Corbett; principalmente, la incidencia que determinados poderes tienen sobre escenarios terrestres, trasladando esta forma de pensar a lo que serían las estrategias de antiacceso y de negación de área. Esto es muy importante, porque va a llevar la discusión práctica en el campo de la defensa en la República de Argentina en los próximos años.

La nueva Directiva de Política de Defensa Nacional nos ha llevado a nosotros a poder pensar en una discusión seria y efectiva acerca de qué tipo de defensa vamos a querer y sobre dónde vamos a estructurar los recursos que son escasos en la República de Argentina, pero que para la situación general de la defensa, todavía siguen siendo importantes. Primero, es si vamos a poner el énfasis en la defensa adelantada, en una reconstrucción efectiva del instrumento militar naval y aéreo, o si vamos a hacer una defensa más bien continental, o lo que se llama *royal defense*, que va a poner el énfasis principalmente en los elementos terrestres. Esta es una discusión abierta que se tiene que pensar desde el punto de vista organizacional pri-

mero y a nivel político después. Esto, por supuesto, sin cambiar la postura estratégica de la República Argentina que, como bien establece la ley y los parámetros políticos, sigue siendo defensiva.

Para concluir, nos hemos recuperado de los traumas previamente presentados y ahora podemos tener una discusión más efectiva, más alineada con los diferentes postulados que presentó el profesor Freedman, en relación con el futuro de la defensa. Esta discusión va a estar vinculada a las fortalezas de las ideas que tengan los grupos que discuten sobre defensa en la República de Argentina. Debemos tener presente que la defensa es importante en la República Argentina, pero en el tiempo cercano no va a ser prioritaria, y que los recursos que se van a ir dando al sector, como bien se fijaron por el Fondef, son los que estén disponibles. Es importante saber que hay un consenso acerca de que es necesario modernizar el instrumento militar de una buena vez y que la modernización que tenemos que llevar a cabo es lo que se está discutiendo ahora y es una de las discusiones internas más importantes que hay que dar.

Finalmente, una reflexión personal de cara al futuro, y sobre todo de cara a pensar cómo colaborar y cómo cooperar más. La relación entre Argentina y Chile es extremadamente importante en el presente y en el futuro; incluso diría que es más importante que la relación que tiene Argentina con Gran Bretaña. Sin embargo, en un futuro cercano, la forma como nosotros definamos la relación que tengamos con Gran Bretaña también va a definir la relación que vayamos a tener en el futuro con Chile.

“Es importante saber que hay un consenso acerca de que es necesario modernizar el instrumento militar de una buena vez y que la modernización que tenemos que llevar a cabo es lo que se está discutiendo ahora y es una de las discusiones internas más importantes que hay que dar”.

0.4

Chile

Matías Purcell

Contraalmirante retirado de la Armada de Chile. Profesor de la Cátedra de Estrategia de la Academia Naval de Chile.

Chile no fue un beligerante en este conflicto, pero indudablemente fue un actor. Cuarenta años después de los hechos, estimo que podemos extraer algunas lecciones que pueden ser valiosas, del que tal vez sea el último conflicto bélico clásico en la historia militar, antes de la globalización, del ciberespacio, de la guerra híbrida y de la automatización. Y también, un poco antes de que hubiera un consenso respecto de las reformas de Estados Unidos para migrar a una estructura de conducción conjunta de la defensa, en los distintos países.

Me voy a permitir proponer algunas lecciones aprendidas desde dos puntos de vista distintos: desde la conducción política del conflicto y desde la conducción estratégica. Voy a cerrar con algunas reflexiones respecto de los impactos que el conflicto de las Falkland o Malvinas tuvo, no solamente para los dos beligerantes y para Chile como actor no beligerante, sino en el estudio que se hace de la polemología del conflicto en las distintas academias en el mundo.

Desde el punto de vista de la conducción política:

Ambos Estados enfrentaban duros momentos internos al inicio del conflicto. Esa era la debilidad de Gran Bretaña y también la de Argentina. Esto llevó a que la crisis y, posteriormente la guerra, generarán una fuente de adhesión popular a ambas causas en los respectivos países. Esta presión popular llevó a que la opción de “no hacer nada” fuera inviable políticamente para el Reino Unido; de la misma manera que tras las grandes aglomeraciones de gente en la Plaza de Mayo, la retirada de las tropas desde Malvinas tampoco fuera una opción políticamente viable, en ese momento, para la conducción política argentina.

Los momentos políticos tienen efectos relevantes en el desarrollo de los eventos y no siempre son los

planificados o esperados. A lo mejor se planificó de alguna manera, pero el resultado fue distinto. Y la porfiada niebla de la guerra de Clausewitz, donde el rol del pueblo juega un factor relevante, lleva a que los procesos de toma de decisiones sean particularmente distintos, especialmente cuando hay que apreciar desde la conducción política, el valor que se asigna a los objetivos que están en disputa. Pareciera ser que en esa valorización de los objetivos que estaban en disputa, por ambos bandos, estuvo la clave para comprender por qué uno ganó y el otro perdió.

Un segundo punto que quisiera destacar desde de la conducción política, es la valorización de la personalidad, carisma y voluntad del liderazgo político. La falta de voluntad política en un momento determinado, como la decisión de no utilizar los instrumentos de poder nacional para el logro de los objetivos que satisfacen el interés nacional, es la única variable que puede llevar a cero una ecuación completa de poder. En ambos casos, Argentina y Gran Bretaña, qué duda cabe que los liderazgos políticos, sus atributos y cualidades, jugaron un rol central. Otra historia hubiera sido con otras personas a cargo. No es la institucionalidad, sino que fueron los atributos personales.

Un tercer punto que quisiera destacar es la articulación razonada y sinérgica de los instrumentos del poder nacional, articulación que es un elemento indispensable en un conflicto. No solamente la conducción estratégica de las Fuerzas Armadas en un plano conjunto, sino que la capacidad de articular sinérgicamente, en una maniobra política, todos los instrumentos del poder nacional.

La naturaleza política de un conflicto bélico se manifiesta en esa capacidad para obtener el máximo resultado de todas las capacidades y suficiencias disponibles en el país, para el logro de los objeti-



Port Stanley © J. P. Toro

vos. Para ello se requiere de una destreza especial y una conducción política especial. En el caso británico, aunque fueron sorprendidos por la invasión argentina, rápidamente se tomaron las medidas políticas para iniciar los procesos de respuesta al reto planteado.

Y yo quisiera destacar aquí lo que pasa con la renuncia de Lord Carrington (como ministro de Relaciones Exteriores) al asumir responsabilidades políticas por lo ocurrido. La vocería de Francis Pym (nuevo canciller), que se inicia durante todo el período de crisis de negociación diplomática, pero que dura hasta el hundimiento del crucero “Belgrano”, y la posterior vocería que toma John Nott como secretario de Defensa, demuestran una transición muy especial, clara y nítida respecto de cómo se estaba desarrollando la conducción política del conflicto, articulando los distintos instrumentos de poder nacional en el tiempo.

Se menciona también la importancia de la forma de articular el instrumento económico del poder nacional; las sanciones que se llevaron a cabo, particularmente con el armamento de origen francés, para el caso argentino le negaron el acceso al misil Exocet AM 39.

Y está el uso del instrumento diplomático británico; concretamente se destaca la rapidez con la que consiguió la resolución de Naciones Unidas, declarando a Argentina como país agresor y solicitando el inmediato retiro de las tropas. De esa forma se logró impedir la activación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Y lo más importante, desde mi punto de vista, mantener a Estados Unidos apoyando a Gran Bretaña.

Me permito plantear, como punto de vista, que mantener a Estados Unidos del lado de Gran Bretaña pasó a ser el centro de gravedad de la maniobra política británica. Sin ese apoyo habría cambiado totalmente el panorama.

Por su parte, estimo que Argentina mostró falencias relevantes en la articulación de su poder nacional; hubo una tardía notificación de las operaciones militares a su Cancillería e incapacidad de conseguir los objetivos planteados en su maniobra exterior. Esto queda claramente reflejado en el informe Rattenbach. Y, asimismo, hay una falta de previsión en su instrumento económico, que fue víctima de una serie de sanciones bastante duras en cuanto a embargos y congelamiento de activos financieros en el extranjero.

A su vez, desde el punto de vista de la conducción política británica, se hace manifiesta una opción por conducir una guerra de objetivo limitado. Y aquí quisiera destacar algo del pensamiento estratégico que iluminó esa decisión. Esto es una aplicación *by the book* (“de manual”) de Julian Corbett. Es decir, tenemos las herramientas teóricas de pensamiento estratégico para analizar algo que fue desarrollado en la práctica siguiendo lo que correspondía.

Por lo tanto, el modelo de conducción británica tuvo un apoyo en la teoría. Tuvo un apoyo y también una aplicación, tanto de investigación como de práctica. Y no tengo la menor duda de que lo que aportó el profesor Freedman, respecto de la experiencia de conducción política en conflictos, tanto de los secretarios de Relaciones Exteriores como de Defensa británicos, fue un aporte interesante en este sentido.

El modelo argentino se aplicó con un criterio continental o terrestre y fue centrado en el territorio ocupado de las Malvinas, fallando en comprender la naturaleza marítima del conflicto que habían emprendido, pues para retener lo conquistado necesitaban el control del mar. Y esa figura, pese a que lo vamos a examinar un poco más en el siguiente paso, en el análisis de carácter estratégico, desde el punto de vista de la conducción política, requería un afinamiento, un ajuste y un énfasis.

Las riendas políticas con las que la primera ministra Margaret Thatcher condujo su instrumento bélico del poder nacional, funcionaron a cabalidad y mantuvieron el conflicto acotado al área de operaciones asignadas, sin afectar algún tipo de objetivo en el continente americano. Y su efectividad quedó claramente demostrada en la forma y en el momento en que se procedió al cruce del umbral de agresividad crítica, cuando el submarino HMS “Conqueror” hundió al crucero “Belgrano”. Esa conducción política del instrumento militar, las reglas de enfrentamiento planteadas y la conducción desarrollada marcaron una gran diferencia.

El segundo punto de vista de análisis que quiero plantear es desde la conducción estratégica; ya lo mencionaba el profesor Lawrence Freedman y también nuestro gran amigo Juan Battaleme. El esquema de mando y control utilizado para las Fuerzas Armadas británicas fue muy especial, pero rindió su fruto en un escenario donde el alcance operacional (the operational reach factor) fue llevado a un límite. En la práctica, los tres mandos británicos presentes en el área de operaciones —el almirante Sandy Woodward, el comodoro Michael Clapp y el brigadier Julian Thompson— se transformaron en mandos tácticos paralelos, asumiendo el almirante John Fieldhouse el mando operacional conjunto desde Northwood. Esto permitió a los mandos tácticos en el área concentrarse en las operaciones, dejando al mando operacional la gran tarea de reforzamiento de la posición estratégica en la isla de Ascensión. Se planificó y

ejecutó un gigantesco esfuerzo logístico de apoyo a la fuerza naval operando en el área y, además, se coordinaron los apoyos de otras fuerzas conjuntas presentes, como las fuerzas especiales operando en el área, los submarinos y también, por supuesto, los aviones Vulcan, que hicieron un aporte en la campaña de las Falkland.

El esfuerzo logístico británico fue impresionante, destacado por el profesor Freedman, y no puedo estar más de acuerdo. No solamente por el orden de magnitud, sino también

por el tiempo de respuesta. Y así todo, la pérdida del “Atlantic Conveyor” produjo una atrición logística, de tal magnitud, que estuvo muy cerca de transformar la planificación efectuada en un curso de acción no viable. “Su majestad la logística” fue la encargada de poner los pies en la tierra a la estrategia y a la táctica. Durante el conflicto, los dos bandos operaron en los límites de sus capacidades logísticas y ambos estuvieron muy cerca de fracasar por esto.

Las falencias que tuvo la conducción estratégica argentina están claramente destacadas en el informe Rattenbach y, sin lugar a duda, según nos ha presentado el profesor Battaleme, se ha generado una tremenda discusión respecto de cómo reformar, cómo cambiar y cómo enfrentar los desafíos que vienen a futuro. En esta área y entorno, la capacidad de proyección anfibia, es decir, la proyección de una fuerza militar terrestre desde el mar, sigue teniendo hasta hoy —y lo vemos por la capacidad anfibia que tiene Rusia en el Mar Negro en el conflicto con Ucrania— efectos desproporcionados a su tamaño, al elegir deliberadamente el dónde y el cuándo, concentrar una fuerza expedicionaria obligando al adversario a extender sus líneas de defensa, porque no puede hacerse fuerte en todas partes.

Con esto quiero entrar en las reflexiones generales sobre el conflicto, y me permito plantear algunos comentarios en este sentido. El abandono en términos de búsqueda y producción de inteligencia se

paga caro, ayer y hoy. Donde hay objetivos en disputa, es fundamental desarrollar esfuerzos de inteligencia que permitan establecer alarmas y alertas estratégicas que permitan un tiempo de reacción adecuado para cualquier Estado que tenga en un momento determinado objetivos contrapuestos.

La guerra de las Malvinas es un claro ejemplo del pernicioso efecto que tiene la permanente tentación de la conducción política de resolver problemas internos con crisis y conflictos externos. Por su parte, el aparente ahorro en la inversión en defensa, al reducir la flota británica y sus capacidades, terminó en un costo extra inmenso para el Reino Unido. Lo barato cuesta caro en términos de seguridad y defensa.

Sobre las fuerzas armadas profesionales versus la conscripción, Argentina ya tomó sus decisiones. Veamos lo que estaba pasando hoy también en Rusia y en Ucrania. La trinidad de Clausewitz se ve reflejada con mayor fuerza cuando parte importante de los ejércitos provienen de la conscripción. En este concepto, la sociedad se manifiesta y está presente y representada; sin embargo, esa misma sociedad tiene cada vez menos tolerancia a las bajas, a los heridos, a las mutilaciones y a los efectos de la guerra en soldados que provienen de la conscripción. El comportamiento de la sociedad del siglo XXI hace cada vez más difícil y cada vez menos probable que existan ejércitos bajo el concepto de conscripción.

Chile, como mencioné, no fue un beligerante; sin embargo, tuvo un rol y fue un actor. No podría ser de otra forma. El capítulo 27 de la obra del profesor Freedman detalla la participación que le cupo a Chile en este conflicto. Digo que no podía ser de otra forma, porque el discurso del presidente Leopoldo Galtieri del día 2 de abril de 1982 no dejaba ningún lugar a duda que de haber sido exitosa la experiencia militar en Malvinas, Chile iba a seguir. No podemos olvidar que, a contar del 25 de

enero de 1978, con la declaración de “insalvablemente nulo” del Laudo Arbitral por el conflicto del Beagle, se genera un camino de desconfianza que solamente pudimos empezar a revertir después del inmenso sacrificio de los espacios marítimos del Mar Austral que Chile tuvo que hacer al firmar, en aras de la paz, el Tratado de Paz y Amistad de 1984. Y de ahí logramos un camino que nos ha llevado hasta el día de hoy, donde hay una abierta cooperación, donde hay un intercambio importante.

“Si pensamos que el conflicto de Malvinas se puede resumir en: la disputa por la soberanía de una isla cercana a un continente, reclamada por una potencia regional, y que la isla está defendida por una potencia de carácter mundial, pero lejana, si reducimos el conflicto de Malvinas a esa visión, no me cabe la menor duda de que los estrategas y los alumnos de las academias de guerra en China están mirando con un ojo muy crítico lo que pasó en Malvinas, pensando justamente en Taiwán”.

Y quisiera destacar un hecho que es poco conocido: A fines del siglo XX y principios del siglo XXI, en los astilleros de ASMAR en Talcahuano, el destructor ARA (Armada República Argentina) “Hércules” fue sometido a un proceso de modernización y reparación. Asimismo, Chile se dio cuenta de la precariedad y la importancia de su poder naval en el área austral, que es un escenario eminentemente marítimo y pasó por un proceso de modernización de su flota, pasando desde buques de origen norteamericano de la Segunda Guerra Mundial, a la adquisición de buques en Europa. Pero más importante que eso,

a contar de 1984, parten los proyectos de reforma de nuestra escuadra. El factor entrenamiento pasó a ser un punto realmente relevante y hoy en día los estándares de entrenamiento de la Armada de Chile están validados por el Flag Officer Sea Training (FOST) y también por nuestros amigos holandeses. Estos estándares de entrenamiento pasan a ser nuestro principal capital.

Finalmente, si pensamos que el conflicto de Malvinas se puede resumir en: La disputa por la soberanía de una isla cercana a un continente, reclamada por una potencia regional, y que la isla está defendida por una potencia de carácter mundial, pero lejana, si reducimos el conflicto de Malvinas a esa visión, no me cabe la menor duda de que los estrategas y los alumnos de las academias de guerra en China están mirando con un ojo muy crítico lo que pasó en Malvinas, pensando justamente en Taiwán.

0.5

Preguntas

¿Cuál fue el punto de quiebre o de inflexión en esta guerra para el Reino Unido y Argentina?

Lawrence Freedman (LF): “No estoy seguro de que hubiera un único punto de inflexión, porque estos conflictos pasan por etapas y cada una de estas tiene un nuevo desafío. El problema para el Reino Unido fue en una primera etapa enviar a la fuerza de tareas y después de eso había que negociar un acuerdo o había que continuar. Por ejemplo, está la fallida mediación de abril en La Haya y también la de París en mayo. Esto significó que entonces había que pasar a la siguiente fase militar.

Yo creo que ahí hubo dos factores clave. Primero, los eventos del 1 y 2 de mayo de 1982, cuando se hundió ‘Belgrano’, porque creo que eso nos hizo entender la gravedad de la guerra y, probablemente, tuvo un impacto militar mayor de lo que pensamos en el momento, por el efecto que tuvo en la Marina argentina. Creo que también para el Reino Unido fue el hecho de perder embarcaciones (como el “Atlantic Conveyor”) necesarias para los desembarcos, aunque aun así logró llevar sus fuerzas a tierra y pasar a la siguiente etapa de avanzar en las islas.

Una vez que el Reino Unido tuvo la confianza de que sus fuerzas en las islas podían ganar, ya no hubo mucho interés sobre las mediaciones más allá de las resoluciones que se habían establecido, y eso se pudo ver en las negociaciones. Podríamos decir que ese fue el punto de inflexión también”.

Juan Battaleme (JB): “Desde el punto de vista de Argentina, hay dos libros, uno que es una respuesta, realizado por el diplomático Vicente Berazategui y otro llamado ‘1982’, que realizó

un formador político (Juan B. Yofré). Creo que el punto clave es la conversación final, o última, entre Ronald Reagan y Galtieri, cuando el primero le avisa que la fuerza ya se había detectado y que invadir sería un error, y una vez que las acciones militares llegaran, no se iba a poner del lado de la República de Argentina, sino que también todo lo que se habría logrado en la relación bilateral entre el Reino Unido y Argentina se iba a perder”.

¿Cómo ven las competencias geopolíticas actuales de la Antártica, desde el punto de vista de Gran Bretaña, Argentina y China, y cómo podrían afectar el statu quo en el Atlántico Sur en los años venideros?

LF: “No creo que los británicos se vean luchando por la Antártica. Desde un punto de vista general, es un tema para tratar con países locales y así asegurar que la Antártica se proteja de manera correcta.

Mi punto de vista es que todo este episodio (de la guerra) fue un tremendo error, pero ambos lados hoy están mucho más involucrados en el estado de las islas. Desde el punto de vista militar, Gran Bretaña tiene la confianza razonable de que, al haber instalado un aeropuerto y una base, ya no le sucederá lo mismo que en 1982, sino que ahora se pueden recibir refuerzos rápidamente. Yo no me sentiría tentado a poner esto a prueba”.

JB: “Es clave pensar la Antártida cooperativamente en la relación entre Reino Unido, Gran Bretaña, Argentina y Chile. Esto nos da un incentivo para no cometer los mismos errores y elaborar una relación constructiva entre países; los tres somos parte y tenemos intereses en el sistema antártico.

Desde el punto de vista militar, lo que Argentina tiene que empezar a pensar es en algún tipo de mecanismo vinculado al antiacceso, porque siempre es bueno poder decir que no cuando es necesario”.

Matías Purcell: A partir de los hechos, los tres países tenemos soberanías superpuestas en la Antártica; los tres países somos los más cercanos a ese territorio; los tres países necesitamos tener capacidad operativa para tener presencia en la Antártica, porque no tenemos continuidad terrestre. Bajo estos puntos de vista, quedan abiertos todos los caminos para la creatividad, la cooperación y el complemento, y tenemos una serie de esfuerzos en desarrollo, como la patrulla combinada con Argentina. Pero es un hecho que existe una carrera geopolítica desatada por la Antártica y exacerbada por los plazos, ya que el Tratado Antártico puede y debe ser revisado en un momento determinado. Mi punto de vista es que hay un espacio abierto para la creatividad, la cooperación, la inventiva y para desarrollar y poner en práctica efectiva estos hechos de realidad que nos ponen a los tres países en la Antártica”.



